



CRÍTICA AL SOCIALISMO

La perspectiva liberal de Huerta de Soto sobre el modelo socialista de
organización de la sociedad política



PEDRO POSTIGO
DIRIGIDO POR MONTSERRAT HERRERO
Universidad de Navarra

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	2
2. LA CONCEPCIÓN LIBERAL DE LA PERSONA	6
2.1. La función empresarial y la acción humana: fin, medios, valor y utilidad.....	6
2.2. El tiempo y el desarrollo de la acción	8
2.3 Función empresarial	11
3. EL SOCIALISMO: ¿ES VIABLE?.....	16
3.1. Introducción al socialismo	16
3.2. El socialismo según Huerta de Soto: planteamiento de un modelo social.	17
3.3. Reflexiones propias sobre el socialismo	20
4. ALGUNAS CONSECUENCIAS A LAS QUE CONDUCE EL SOCIALISMO.....	25
4.1. La matemática en la estructuración social.....	25
4.2. Gestionar recursos infinitos: el problema de la deuda pública.....	27
4.3. La desconfianza hacia el mercado y lo privado	29
5. Conclusiones	33
6. Bibliografía	35

1. INTRODUCCIÓN

Desde el principio de los tiempos, el ser humano ha buscado progresar y desarrollarse en comunidad hacia un bien mayor. La estructuración de la sociedad ha sido siempre una cuestión a abordar en toda época del hombre. Las personas nos unimos en comunidades forjadas sobre unas ideas, unas formas y unas premisas que aceptamos con el objetivo de alcanzar objetivos más amplios que aquellos a los que podríamos aspirar individualmente.

Las formas en que esas comunidades pueden ser gobernadas son múltiples y cambiantes. El Estado Moderno ha sido la forma política prevaleciente desde el siglo XVI; si bien es cierto que esta forma política ha ido alternando diferentes formas de gobierno: desde las monarquías absolutistas hasta las democracias parlamentarias. En este trabajo se hablará de la estructuración de lo político en referencia al Estado y a los ciudadanos. Particularmente del aspecto, del diferente peso que se puede otorgar a la participación del Estado, entendido como institución burocrática del pueblo político, o del ciudadano individual. Si trazáramos una línea que reflejara la mayor o menor participación de cada uno de esos polos, en sus extremos tendríamos por un lado el modelo comunista que el que el Estado regenta todos los ámbitos de la vida del ciudadano con el fin de maximizar su bienestar; en el otro el anarco-liberalismo, que pretende eliminar casi al completo la participación del Estado, es decir, a toda coacción institucional y a toda organización social por parte de unos pocos respecto de la mayoría.

En este trabajo se parte de la base de que no hay ningún sistema político perfecto, que todo planteamiento social debe derivar de una atenta mirada a la realidad de cada pueblo, porque estos avanzan irregularmente, tienen progresos distintos. También porque los sistemas políticos no pueden ser englobados en fórmulas de condición y exactitud matemática, no pueden abarcarse todas las pautas de la realidad y maximizarlas en una ecuación que resulte como una fórmula mágica y ese sistema se implante en toda sociedad.

La historia nos ha enseñado que el hombre avanza en todos los ámbitos de su existencia. La vida en comunidad es un aspecto importante de su existencia y siempre puede ser mejorado. Detenerse en un modelo político y afirmarlo unívocamente es otra forma de

fijar la realidad, que no hace justicia al carácter histórico del hombre. El ser humano en su relación con el mundo aprehende conceptos y los usa, hace referencia a la realidad de las cosas para vivir en ellas y no solo para gozar de ellas en su pensamiento. Con lo político pasa algo parecido: nos fijamos en la realidad y nos preguntamos cuál es la mejor forma de organizarnos socialmente.

Huerta de Soto nos brinda una visión del gobierno político poco conocida, y en lo poco que lo es, distorsionada. El liberalismo de la Escuela Austríaca es una alternativa al modelo de gobierno social y a la organización desde un ente llamado Estado. Por eso lleva años realizando una crítica a los paradigmas y modelos de organización socialistas, con propuestas que pueden ser compartidas o no, pero que merecen nuestra atención en sus razonamientos y propuestas. No hacerlo es una muestra de desprecio al saber. Así como también lo es no intentar comprender lo que otras posturas pretenden mostrar, aunque sea contrario a un planteamiento propio. Siempre enriquece al hombre contemplar la realidad de un asunto desde un ángulo distinto. El conocer del hombre es un arte complicado y más aún es afirmarse en una verdad, además de presentar un perfil dogmático ante la sociedad. Lo que es más sencillo es entablar un diálogo alrededor de la cuestión, aportando argumentos referidos a la realidad y alejados de dogmatismos e ideologías. Casi nada, pero menos es nada.

Huerta de Soto nos introduce a una visión sobre el socialismo que presenta fines buenos, tales como acercar al hombre a una igualdad de oportunidades, a una educación universal y a una sanidad al alcance de todos. El problema es que tanto esos ideales como los demás que representa el socialismo, que nadie negaría ni rechazaría por la bondad que reportan al hombre, requieren de unas estructuras y recursos que son difícilmente sostenibles económicamente en cuanto regidos por un ente como el Estado y conducen a un modelo antropológico poco satisfactorio en tanto que minusvalora la libertad humana y su diferenciado desarrollo. Huerta de Soto aporta argumentos de peso para abordar los aspectos negativos del sistema de organización socialista que oscurecen sus bondades.

Este trabajo también tiene puntos débiles que deben ser repensados en posteriores desarrollos. No es el objeto del trabajo el convencer a nadie de que el sistema liberal es el mejor o el más adecuado para organizar todo tipo de sociedades. Lo que sí pretende es mostrar con más detenimiento y atención las ideas liberales y sus planteamientos, lejos de exageraciones y deformaciones, que no dejan de ser sofismas y difamaciones

que han venido a ser típicos en la crítica social del siglo XXI. El liberalismo posee unos argumentos y unos planteamientos que merecen ser escuchados. Es cierto que el pasado no les favorece, pues se atiende solamente a la parte más individualista y retorcida de esas ideas, pero realizar esa visión es lo mismo que no atender a las ideas socialistas por los desastres que supuso el comunismo.

El liberalismo tiende a contemplar lo político desde un punto de vista exclusivamente económico, es decir, validando todas las acciones como viables presupuestariamente, aunque no es el único ángulo desde el cual observan la organización de la sociedad. Esta premisa posiblemente es la que más les castiga y la que menos se comprende. Sin embargo, a lo largo del trabajo se podrá comprender cómo la visión económica es un punto de vista que hace justicia a la realidad política y que no puede ser dejado de lado. El motivo más firme es porque el bienestar material es una parte importante de la vida de las personas y de las comunidades. Es una inmoralidad el jugar a hacer malabares con el dinero de las personas (y esto no solo atañe al sector público sino también al privado). El dinero es un problema si no se gestiona bien, entre otras cosas, como es el empobrecimiento de las comunidades, porque los recursos públicos mal invertidos generan un coste de oportunidad por no haberse invertido en otro proyecto más rentable para el ciudadano (y no solo en el aspecto económico, sino en el aspecto de los beneficios sociales). El otro problema es el desajuste que se da en lo político con esos recursos mal gestionados: suele haber algún ente beneficiado de esa mala gestión que puede acostumbrarse a esas concesiones irregulares. Por lo tanto, podemos partir de la premisa de que todo planteamiento que no se ajuste a los números económicos no puede contemplarse como opción política, al no poder ser viable. Y sobre todo si se propone un Estado social, donde la financiación vía impuestos y la solidaridad de los ciudadanos son los fundamentos para sacarlo adelante.

Luego, el mercado juega un papel clave en cualquier organización política, aunque podamos conceder que el fin de la comunidad política no sea exclusivamente el enriquecimiento económico de los ciudadanos. Y lo juega especialmente en aquellos estados de índole socialista que en la gran mayoría de las ocasiones necesitan del mercado para financiar sus proyectos. Es decir, requieren de la deuda pública para hacerse cargo de sus necesidades, que por otro lado no paran de crecer.

Para abordar la problemática mencionada he seguido el hilo argumental de Huerta de Soto. De ahí que su pensamiento se haya convertido el objeto principal de estudio de

este trabajo. Pero la finalidad última del mismo pretende ser una propedéutica a las ideas liberales de economía política y una mayor comprensión de cómo garantizar un Estado mejor.

2. LA CONCEPCIÓN LIBERAL DE LA PERSONA

2.1. La función empresarial y la acción humana: fin, medios, valor y utilidad

Según Huerta de Soto, “en un sentido general o amplio la función empresarial coincide con la *acción humana* misma. En este sentido podría afirmarse que ejerce la función empresarial cualquier persona que *actúa* para modificar el presente y conseguir sus objetivos a futuro¹. Es decir, Huerta de Soto identifica la acción humana con la capacidad de emprender, de poner algo nuevo en la realidad. Es esta una operación que tiene en cuenta el pasado para realizar un cambio en el presente que se proyecta en el futuro.

“En un sentido general consideramos que los conceptos de función empresarial y acción humana son sinónimos. En un sentido más estricto, la función empresarial consiste en la capacidad típicamente humana de darse cuenta de cuáles son las oportunidades de ganancia que existen en el entorno”².

Huerta de Soto apunta a la identificación entre función empresarial y la acción humana, lo que nos lleva a deducir que todo ser humano, en cuanto actor que *actúa*, es *empresario*, pues continuamente detectamos oportunidades (que no tienen por qué ser económicas) en nuestra vida. Esta identidad conceptual es clave para comprender el posterior desarrollo a la crítica al socialismo.

La función empresarial es entendida como eje fundamental de la teoría liberal. Aunque a primera vista parezca que Huerta de Soto interpreta la acción humana en un sentido restrictivamente económico, no debemos tomarla en un sentido tan unívoco. Es decir, nos valemos de una concepción del hombre porque no podemos entenderlo ni conceptualizarlo en todos sus aspectos. Por eso lo analizamos *dividiendo* en diversas dimensiones las acciones que realiza, para llegar a entenderlo bien. La teoría liberal simplifica al hombre desde esa perspectiva, que no tiene por qué ser económica, como hombre actuando en su entorno y modificándolo en cada acción. Aunque sí es cierto que esa simplificación lleva a no centrarse en otros aspectos humanos, como el estrictamente contemplativo o teórico; o el artístico. No tiene por qué ser dañina para el hombre siempre que no excluya del contexto social el desarrollo humano a través de este otro

¹ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 25

² J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 26

tipo de acciones que, aunque ulteriormente puedan llevar asociada una ganancia, ésta no es su objetivo prioritario. Por ejemplo, el invento de cualquier medicamento supuso y supone unos beneficios económicos para aquellos que tienen la patente y supone también un beneficio social para aquellos que padecen la enfermedad que el medicamento pretende curar. El empresario obtendrá la patente después de haber invertido recursos, haberse arriesgado y haber fracasado.

Esta concepción del hombre que actúa en forma empresarial, y que a partir de ahora denominaremos *actuante* a falta de una cualificación mejor, viene de la etimología de la palabra *empresa*, como apunta Huerta de Soto³, donde la definición que otorga la RAE dice así: acción ardua y dificultosa que valerosamente se comienza. Es decir, desde el prisma de Huerta de Soto toda acción se rige por una función empresarial donde el sujeto, desde su perspectiva, se percata de una oportunidad tanto propia como ajena que puede solucionar con unos recursos que dispone.

A continuación desglosaremos los elementos que configuran la acción humana. Huerta de Soto lo explica perfectamente:

“la acción humana es todo comportamiento o conducta deliberada. Todo hombre al actuar pretende alcanzar unos determinados *fin*es que habrá descubierto que son importantes para él.”⁴

En otras palabras, el sujeto concibe unos fines que desea a los cuales llega a través de una *conducta deliberada*, como una acción libre de coacción externa.

“Denominamos *valor* a toda apreciación subjetiva, psíquicamente más o menos intensa, que el actor da a su fin. *Medio* es todo aquello que el actor subjetivamente cree que es adecuado para llegar a su fin. Llamamos *utilidad* a la apreciación subjetiva que el actor da al medio, en función del valor del fin que él piensa que aquel medio le permitirá alcanzar”⁵.

Es decir, como hemos explicado antes, el actor o sujeto concibe unos fines que desea para él y que, por tanto, tienen un valor relativo al actor. Para alcanzarlos, se sirve de medios que tienen un valor relativo al fin que llamamos utilidad. En este punto la clave

³ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 42

⁴ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 43-44

⁵ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 44

está en cómo llegamos a desear unos fines y no otros y bajo qué criterio, pues esos fines configuran el eje sobre el que pivotan todos nuestros juicios posteriores. Huerta de Soto señala en este punto que no se puede llegar a una explicación satisfactoria anticipada de la acción, pues cada actor elige según unas preferencias que no se pueden aglutinar en una función matemática; son tantas como sujetos y están en continuo cambio.

Una vez se tiene un fin, se buscan los medios para alcanzarlo, los cuales presuponen unos recursos.

“Los medios, por definición, han de ser escasos, puesto que si no fueran escasos ni siquiera serían tenidos en cuenta a la hora de actuar. Es decir, allí donde no hay *escasez* no hay acción humana”⁶.

Los recursos empleados deben tenerse en cuenta porque *per se* no son infinitos, y si lo fueran entonces no estarían contemplados en la ecuación para resolver cómo alcanzar los fines, porque para llegar a los fines se requiere el uso de medios, es decir, de recursos materiales, y se debe elegir unos sobre otros; si no hubiera la necesidad de elegir porque estos son infinitos, entonces la elección de recursos no importaría. Una vez que se constata la escasez de los recursos que se aplican en los medios y se tiene claro el fin para el que se los quiere, entonces los incorporamos “en un *plan* de actuación, que se emprende y lleva a la práctica como consecuencia de un acto personal de *voluntad*”⁷. Como *plan* entiende Huerta de Soto la proyección que realiza el actor en distintas etapas. Es el actor el que organiza la información recibida y vuelve a reorganizar a cada paso que da en el proceso de alcanzar los fines. Como *voluntad* entiende lo mismo que queda expuesto en la definición de Santo Tomás de Aquino “el fin es el motivo y el objeto de la voluntad”⁸. Donde es la voluntad la que desea ese fin y quiere realizarlo.

2.2. El tiempo y el desarrollo de la acción

Otro elemento de la acción que se debe tener en cuenta es el *tiempo*. Huerta de Soto no pretende entenderlo en su sentido determinista o físico, sino como algo subjetivo, a saber: “cómo el tiempo es subjetivamente sentido y experimentado por el actor dentro

⁶ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 44

⁷ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 44

⁸ *Suma Teológica*, 1-2, Q.7,a4, B.A.C., Madrid 1954, volumen IV, p. 301

del contexto de cada acción”.⁹ En este punto quiere contraponer la visión matemática y científica de la vida, propia de la ciencia natural, que pretende explicar el desarrollo humano desde una perspectiva determinista y newtoniana, válida para ciertas ciencias y aspectos de la vida humana, pero que se vuelve errónea al aplicarla sin matices sobre los aspectos humanos de la acción. El actor percibe el tiempo como algo propio a él, relativo a su acción, donde la información que maneja para llegar a ciertos fines está en continuo cambio en el mismo transcurso de la acción. Es decir, el actor va desenmascarando la realidad y se percata de elementos que no se corresponden con su información inicial y que puede corregir. La acción no es algo determinado desde el inicio, sino que se va reconfigurando desde la perspectiva del actor que puede aplicar el conocimiento de experiencias pasadas al nuevo proceso, llegando a proyectar en el futuro sus predicciones, a las cuales Huerta de Soto llama *expectativas*: “Futuro este que se va imaginando, creando y haciendo paso a paso por el actor”.¹⁰

Asimismo, en cuanto el actor no es capaz de determinar completamente el futuro la realidad inminente se presenta como algo incierto.

“El futuro, además, está *abierto* a todas las posibilidades *creativas* del hombre, por lo que cada actor se enfrenta al mismo con una *incertidumbre inerradicable*, que podrá minorarse gracias a los comportamientos pautados propios y ajenos (institucionales) y si actúa y ejerce bien la función empresarial, pero que no será capaz de eliminar totalmente”.¹¹

Huerta de Soto está combatiendo en este punto los argumentos de carácter más determinista. Dichos argumentos pretenden darnos una visión reduccionista de la realidad y del hombre, desde donde se nos presenta una realidad que puede predecirse, donde la matemática es el vehículo principal de los argumentos y la probabilidad y la estadística son su forma. Muchos liberales no son contrarios al uso de la matemática *per se* pues de ella se extrae un conocimiento certero y seguro. De lo que sí están en contra es del uso de dicha ciencia como aplicación totalitaria a un campo que no le es propio, como es la ciencia política y la economía, como es el caso del liberalismo afecto a la teoría del “rational choice”. Por eso, Huerta de Soto habla de una incertidumbre inerradicable, pues ningún modelo ni ninguna fórmula puede darnos esa bola de cristal

⁹ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 45

¹⁰ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 46

¹¹ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 46

para determinar qué va a suceder y qué no. Precisamente porque es el actor quien configura su actuar con la información que posee, con los medios de los que dispone y con la experiencia propia; algo que ningún modelo matemático puede replicar ni ninguna fórmula contener, pues las preferencias de los actores son tantas como ellos, contradictorias en tantas ocasiones y cambiantes a lo largo de la vida.

Ahora bien, en el momento en el que un actor escoge unos medios para alcanzar un fin está renunciando al resto de fines y medios, que es lo que Huerta de Soto llama *coste*.¹² Dicho coste es la renuncia que se asume implícitamente por obtener el fin que se busca, al cual llamamos ahora *beneficio*, que es el *incentivo* por el cual vamos en busca de un fin; el motivo que nos mueve a actuar (y repito que no tiene por qué ser económico).

Una vez se ha definido el fin y los medios se *actúa* y se puede constatar que el actor se equivoca en algunas de sus decisiones. Estos errores se dan “al elegir determinados fines o medios sin darse cuenta de que existían otros para él de más valor”.¹³ Es decir, como el actor no conoce todos los medios o fines cabe la posibilidad de equivocarse a la hora de escoger, en la deliberación, en la elección del fin y en la ejecución del mismo, en ambos puntos. Este error lleva al actor a aprender con su propia experiencia, y por eso decimos muchas veces que un error también es conocimiento, aunque de carácter subjetivo: uno sabe que de esa forma no se llega al fin. Huerta de Soto afirma que:

“la acción humana es por definición siempre *racional*, en el sentido de que, *ex ante*, el actor siempre busca y selecciona los medios que cree más adecuados para alcanzar los fines que le merecen la pena”.¹⁴

El actor es *actuante* y *racional*. Damos por supuesto que busca lo mejor para sí mismo y que lo hace desde una posición subjetiva. Es decir, no podemos calificar de *irracional* una acción de otro sujeto, pues es él mismo el que posee una información, unos fines y medios. Y aquí Huerta de Soto sí habla en términos económicos:

“por ello, en el campo de la economía podemos afirmar que la acción humana es un presupuesto irreductible en el sentido de que se trata de un concepto de tipo *axiomático* que no cabe referirlo a ningún otro ni explicarlo más.”¹⁵

¹² J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 48

¹³ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 49

¹⁴ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 49

¹⁵ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 49

Huerta de Soto califica a la *acción humana* como *concepto axiomático* del hombre. El hombre no puede no actuar, pues decidir no actuar implica ya una acción. De esta manera, la acción humana pasa a ser un eje fundamental de la teoría liberal de Huerta de Soto. Como hemos sugerido ya en las páginas precedentes, en su teoría hay una cierta asimilación entre la acción simpliciter y la acción empresarial. A continuación vamos a profundizar un poco más en esta relación.

2.3 Función empresarial

Llegados a este punto, visto desde fuera de los actores y en un contexto social, se encuentra que todos los actores tienen en sí unos fines, a los cuales desean llegar a través de unos medios que son escasos, con un tiempo limitado que les influye a lo largo de la acción y que les hace variar sus expectativas. En una patente colisión de intereses y recursos se da la capacidad de negociación y el coste de oportunidad de elegir uno u otro: ya hemos dicho que los recursos no son infinitos y el actor debe priorizar respecto a qué fines les otorga más valor. Cabe decir que la competencia entre dichos recursos generará mejores aplicaciones pues el coste de conseguirlos será mayor y su uso también lo será, por la cuenta que le trae a dicho emprendedor.

En este punto, lo que marca la diferencia entre unos y otros es la *creatividad*. La creatividad es la respuesta de un actor cuando se enfrenta a la incertidumbre. Todo hombre intenta desentrañar el futuro para adelantarse a él y prevenirse. El ser humano busca la seguridad en todos los campos que le afectan. En ese adelantarse a los sucesos que van a venir el actor se anticipa *creativamente* para, en la mayoría de los casos, evitar o minimizar una pérdida o para obtener un beneficio.

Para ello, Huerta de Soto vuelve a la comparativa de la acción humana con la ciencia natural, pues incide en que esos campos no son iguales y que las herramientas de la ciencia natural no pueden ser aplicados unilateralmente al campo de la acción humana. Explica que nuestra percepción del mundo como emprendedores no resulta tan clara y exacta como las ciencias naturales de índole científica: ya sea en la probabilidad, en el riesgo o incertidumbre, en la matematización de la probabilidad, en la gestión de la información y en el actor como empresario.

Cabe ahora plantear en qué consiste la función empresarial. No se debe esperar una explicación científica natural de dicha definición, pues iría en contra de lo que Huerta de Soto expone. La función empresarial

“consiste básicamente en descubrir y apreciar (*prehendo*) las oportunidades de alcanzar algún fin o, si se prefiere, de lograr alguna ganancia o beneficio, que se presentan en el entorno, actuando en consecuencia para aprovecharlas”¹⁶.

En otras palabras, el actor, en cuanto que está en contacto con la realidad y en cuanto que es gestor de un conocimiento propio, advierte en su entorno unas oportunidades para mejorar una situación y de allí obtener un beneficio. La función empresarial es un aspecto del hombre, aunque no es el único. Lo que se puede obtener de la función empresarial es la gestión que realiza el hombre de su conocimiento y de cómo opera éste en la solución de problemas de su entorno en la historia del hombre. De buen seguro que no ha sido como si de una ciencia natural totalitaria se tratara, pues esa aspiración nos llevaría a enfocar la realidad del hombre desde un punto de vista que ya es de suyo abstracción y por lo tanto deja de lado otras facetas. En cambio, Huerta de Soto propone entender al hombre de una manera que no pretende ser absoluta sino en su plena interacción con el mundo y sus diferentes aspectos.

Es preciso ahora introducir unos breves comentarios sobre la información o conocimiento subjetivo que permiten al actor *operar* en la realidad. Una prueba de que la información que manejamos en nuestra vida no es objetiva, del tipo que la ciencia natural propone, y de fácil aprehensión se da porque si no todos los hombres tendríamos las mismas ideas y soluciones. El hombre vive en el mundo aprehendiendo conocimientos que en su gran mayoría son conocimientos asociados a unas emociones y experiencias personales inmediatas e inextricables. Se puede abstraer ese conocimiento y sacar elementos comunes para objetivar la información, pero eso requiere un proceso complicado y siempre sujeto a un margen de error. El intento de segmentar en términos absolutos esos conocimientos es un intento inútil y vacío pues son tantos como personas y, además, cambiantes a lo largo del tiempo. Esos cambios en el conocimiento subjetivo del sujeto se dan porque el actor no aprehende toda la realidad de una sola vez, sino que siempre queda más realidad por conocer. En ese cambio no se refleja nada

¹⁶ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 51

en el mundo, pero sí en el actor que cambia su percepción sobre un aspecto de la realidad y descubre de esta manera oportunidades para actuar en el mundo.

Para Huerta de Soto, el conocimiento que usamos no está *ahí afuera* esperando a ser objetivado. La información no es evidente en el sentido de que tenemos que buscar, indagar, esforzarnos por hallar aquello que necesitamos en libros, apuntes, conferencias... Esto lo dice en contra de aquellos que profesan un modelo de conocimiento de carácter científico, esperando que la información esté siempre dada para resolver cualquier problema. La prueba está en que realmente si fuera posible llegar a esa información, entonces cabría la posibilidad de llegar a solventar todos los problemas y todos llegaríamos a la misma visión del mundo. En otras palabras, habríamos abarcado la totalidad del mundo. La información está dispersa en todos los hombres y ni siquiera todos los hombres juntos abarcaríamos toda la realidad.

Si sumamos a esto que todo ser humano es único e irrepetible, entonces cada información que posee es algo único e irrepetible. No se está aquí hablando del conocimiento que se transmite en revistas o periódicos, pues de otra forma no seríamos capaces de comunicarnos, sino de que cada ser humano tiene unos incentivos distintos que otros. En base a ellos, aprehende información que se combina entre sí, que tiene en cuenta experiencias pasadas que afectan a la información que busca por los incentivos que tiene. Por eso cada persona es en potencia un eje clave de la humanidad, porque tiene en su capacidad intelectual y vital una ventaja sobre el resto: que es quien es, así como cada uno es quien es. Lo que nos lleva a ser personas con capacidad de ser decisivas en la historia.

Esto se puede dar porque la función empresarial es creativa. Saca la información de donde no la hay o, mejor dicho, la realidad espera a ser conocida y es el hombre el que la entiende: descubre las cosas y es él el que descubre una conexión, que llamamos oportunidad. Este marco es posible si se da el principio esencial de que:

“el ser humano tiende a descubrir información que le interesa, por lo que, si existe libertad en cuanto a la consecución de fines e intereses, estos mismos actuarán como incentivo, y harán posible que aquel que ejerce la función

empresarial motivada por dicho incentivo perciba y descubra continuamente la información práctica relevante para la consecución de fines propuestos”¹⁷.

Es decir, bajo el presupuesto de que haya libertad, el ser humano acometerá las acciones necesarias para llegar a los fines. El incentivo promueve que el actor busque información y la clasifique según si es adecuada o no para el fin que persigue. Ahora bien, el punto clave del principio esencial es el presupuesto de “si existe libertad”, porque si no se diera esa libertad, entonces habría unos imperativos coercitivos, unas normas o leyes, que impedirían lanzarse a la caza de los incentivos, lo que limitaría la necesidad de información y su consiguiente uso para otros fines. La libertad es la condición mínima necesaria para que pueda existir una comunidad política específicamente humana. La cuestión es si se puede maximizar la libertad de cada miembro de la sociedad sin destruir la comunidad. De la respuesta negativa a este cuestión surge la necesidad de poner límites a las libertades. Ahora bien, ¿es la libertad litida, libertad?

Es decir, se plantea la pregunta de cómo se puede al mismo tiempo actuar libremente y limitar esa actuación; y junto con ella la pregunta de si todo incentivo es bueno y todos los medios son adecuados. La única respuesta que se puede dar a estas cuestiones en el contexto de la teoría de la acción de Huerta es que si realmente debe haber límites a las actuaciones, siempre ha de ser previa aceptación de los actores. Al tiempo que el actor acepta los límites, debe ser consciente de que no se van a emprender intervenciones en ciertos campos. Poner el límite implica la condición del reconocimiento y aceptación de ese límite por parte de los actores. Ciertamente la teoría liberal más fuerte replica que ese límite es la excusa para que ciertas personas se hagan con el poder y se adueñen de la sociedad con un poder coercitivo, sirviéndose del ente opresor llamado Estado.

La cuestión de los límites a la acción, es decir, de la necesidad de coordinar las acciones de los individuos, nos conduce a la cuestión de la crítica al socialismo. Y es justamente en la crítica al socialismo cómo Huerta aborda más extensamente la cuestión de los límites de la libertad. Después de haber introducido brevemente las nociones básicas del liberalismo de Huerta de Soto, se puede desarrollar con profundidad qué es el socialismo y por qué sostiene que es un error intelectual.

¹⁷ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 74-75

3. EL SOCIALISMO: ¿ES VIABLE?

3.1. Introducción al socialismo

El socialismo es el “sistema de organización social y económica basado en la propiedad y administración colectiva o estatal de los medios de producción y distribución de los bienes”.¹⁸ Es decir, es una manera de organizar la sociedad donde el Estado tiene un poder superior al del resto de ciudadanos con unos deberes también más exigentes. Esta concepción del Estado surge en la Modernidad con Hobbes: el Estado debe controlar nuestro estado de naturaleza, donde reina el más fuerte, para poner paz entre los hombres. De dicha paz surge un pacto en el que se decide estar guiado por uno o unos dirigentes, que con el paso del tiempo, y de la intervención de las ideas de Rousseau entre otros, ha desembocado en la democracia occidental, en donde el pueblo elige a unos dirigentes para que sirvan a la comunidad. Dichos dirigentes tienen el poder de restringir al ciudadano, por el bien de la comunidad, algunas acciones. Este punto es fundamental porque de ahora en adelante se podrá ver la realidad social de dos caras distintas de la misma moneda: el Estado tiene más poder ya sea para hacer una sociedad mejor o para quitar libertad al ciudadano.

Con este sistema parecía que los mayores problemas se irían resolviendo. Y realmente así ha sido, en parte. El hombre ha evolucionado y ha desarrollado grandes actividades y producciones que le permiten vivir por encima de las otras especies. Pero, ¿se podría especular con lo que podría haber pasado si en vez de haber pactado y depositado la confianza en el Estado, se hubiera confiado en la participación los individuos? Se podría escribir mucho acerca de lo que podría o no haber sido el hombre, pero nada hay más sólido que el pasado y por ello no vale la pena profundizar demasiado. Lo que es evidente es que ha sido el hombre en cuanto tal, en cuanto empresario, el que se ha lanzado a la aventura de resolver los grandes problemas de la humanidad. Los descubrimientos de la bombilla, la penicilina, de la radio, del cine, del avión... son hallazgos de individuos que se han esforzado en crear de la nada información, descubrir el velo de la realidad y encontrar respuestas a sus preguntas. Han invertido recursos y medios con el incentivo de resolver una necesidad o de mejorar un servicio o producto. ¿Cuántos Estados han realizado descubrimientos así?

¹⁸ RAE

Podría argumentarse que el objeto del Estado no es este o que todos estos individuos pudieron realizar dichos descubrimientos porque un Estado estaba configurado. Pero sobre esto se diría que si el Estado pretende organizar la sociedad también es su deber el mejorarla: y allí entra en juego la creación de información. Pero como el Estado no tiene en él mismo ningún incentivo (generalmente, mas que el de conservar el poder) para mejorar la vida de los ciudadanos asiste impasible. También se diría que la organización no tiene por qué darse en forma de Estado moderno sino que existen otro tipo de organizaciones políticas que permitan al hombre desarrollarse.

De hecho, con el paso del tiempo ha quedado demostrado que el Estado moderno no ha traído consigo los resultados prometedores que se esperaban de él, si bien es cierto que ha cubierto grandes ambiciones de la humanidad: en los países socialistas (prácticamente toda la Unión Europea estaría bajo esta definición) se tiene garantía de unos servicios sociales de educación, sanidad y pensiones, del que solo por ser ciudadano uno puede beneficiarse.

3.2. El socialismo según Huerta de Soto: planteamiento de un modelo social.

Huerta de Soto entiende el socialismo como todo “sistema de agresión institucional al libre ejercicio de la función empresarial”.¹⁹ Esta perspectiva se refiere a una cara de la moneda que antes se ha explicado: un mayor poder del Estado implica menor libertad para el individuo. Luego, toda ley es una agresión a la libertad del hombre en cuanto coarta su función empresarial, porque no le deja ir más allá de lo que la ley le impone. El empresario sería libre cuando fuera él quien decidiera aceptar cierto tipo de leyes, como si del mercado se tratara, donde los individuos deciden entrar o no entrar en ciertas sociedades. Más adelante se profundizará en la perspectiva liberal.

Huerta de Soto afirma que se dan dos formas de agresión institucional: la asistémica y la sistémica. La primera consiste en aquella coerción que más o menos puede ser previsible, pero que no ocurre con frecuencia ni está impuesta de manera ordenada. Tal sería el caso de una expropiación de un negocio que se diera como un hecho aislado. La segunda forma de agresión es la más grave pues

¹⁹ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 87

“constituye el núcleo esencial de la definición de socialismo que hemos dado. En efecto, la coacción institucional se caracteriza por ser altamente previsible, repetitiva, metódica y organizada”.²⁰

Es decir, que cuando el Estado con sus leyes impone un modelo de acción y limita tu campo de actuación, te impide aprovechar la oportunidad e incluso, según Huerta de Soto, te impide incluso el descubrimiento de dicha oportunidad. Podría decirse que la ley es necesaria para la organización de una comunidad. Pero aquí no se está debatiendo esto: se debate sobre el excesivo poder del Estado que es libre de límites siendo por encima de los ciudadanos. Las leyes son necesarias para la comunidad. De hecho una ley puede no ser coactiva: cuando permite al empresario o actor relacionarse y descubrir oportunidades. Sólo de esta forma el empresario puede seguir adelante en su búsqueda de información y, no se olvide, de resolución de problemas de la sociedad. En este punto, los liberales dan por buena la premisa que la búsqueda de las oportunidades de los empresarios está por encima que la misma búsqueda por parte del Estado. Sin embargo, por explicaciones anteriores, sabemos que el Estado no puede llegar a esas soluciones que los individuos sí pueden.

Huerta de Soto afirma que “el socialismo es un error intelectual porque no es teóricamente posible que el encargado de ejercer la agresión institucional disponga de la información suficiente como para dar un contenido coordinador a sus mandatos”.²¹ En otras palabras, Huerta de Soto niega el socialismo por la inviabilidad de que un grupo de personas lleguen a coordinar la información referente a muchos otros individuos. Si el Estado no puede conocer todas las necesidades de los ciudadanos menos podría hacerse cargo de ellas. Curiosamente esto es lo que se le exige al político: estar cerca del ciudadano para conocer sus necesidades y poder ayudarle mejor. Sin embargo, sucede aquí una paradoja: por un lado el ciudadano exige a manos llenas un sinfín de deberes al político y le recrimina su poca aplicación en su cometido (prueba de ello se da en las valoraciones de los políticos). Mientras que el mismo ciudadano después no cumple tampoco con sus deberes como ciudadano. El razonamiento es el siguiente: por lo general, el ciudadano intenta cumplir un mínimo coercitivo de deberes dentro del marco jurídico porque, en un olvido de la ética social y responsabilidad, el ciudadano ha acabado identificando aquello que es correcto con aquello que dicta la ley. Incluso así,

²⁰ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 89

²¹ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 95

al ciudadano no le importa transgredir la ley cuando va en su propio beneficio. Es decir, en muchas ocasiones se olvida el significado de lo común, de lo político, pero por los intereses propios del sujeto, excusándose en que el resto tampoco cumple o en que se gestiona mal ese dinero. Tributar es el caso de la reticencia a tributar. La paradoja concluye con que el mismo ciudadano le recrimina al político su mal hacer. Es claro que ambos tienen responsabilidades de distinto grado, pero la justicia no deja de ser norma para ambos.

Por otro lado, el político que toma decisiones, en ocasiones elegido sin votación, no tiene ningún incentivo de mejorar la vida del ciudadano, a no ser que sea del tipo moral. El político tiende a buscar la reelección, vendiéndose o a los intereses que el ciudadano demanda, que muchas veces no tienen sentido, o los suyos propios o incluso a los de su propio partido.

Surge ahora la pregunta de si el gobernador debe buscar lo que cree él que es lo mejor para el ciudadano o si debe buscar lo que el ciudadano le demanda. Esta pregunta queda planteada pero no respondida en los escritos de Huerta. Se muestra para introducir la idea de que sean los intereses cuales fueren, estos llevan a su cargo un coste para la sociedad, y no solo económico sino también social. Pues las decisiones que se toman en política afectan a todo un conjunto de ciudadanos, por tanto, el riesgo de una mala decisión afecta a toda la sociedad. Por eso, cuanto más grande sea el Estado y más poder de decisión tenga, mayor alcance tendrán sus errores y peores serán las consecuencias para la sociedad. También es cierto que lo mismo se puede decir de sus aciertos y sus beneficios. Sin embargo, por las dimensiones de sus decisiones, pues los cambios sólo son visibles en el largo plazo, generalmente no sabremos si ha acertado o errado. Los ciudadanos poseen distintas preferencias que no pueden ser satisfechas en cada decisión, y maximizar esas preferencias de cada uno de los individuos es imposible. La consecuencia que implica este razonamiento es que ni el Estado ni nadie en particular pueden manejar la información a futuro ni satisfacer los deseos de todos los ciudadanos. Si se percata que nadie puede hacer eso, sería un grave error confiar toda la suerte de una sociedad al mandato de unos pocos. Los liberales aciertan al pedir un Estado más pequeño pues su margen de error será menor y los particulares, divididos en pequeñas asociaciones, obtendrán mayor poder de decisión y verán sus errores o aciertos maximizados en ellos mismos, de los que aprenderán y mejorarán, por el beneficio que lleva aparejado.

Estas reflexiones sobre el planteamiento del socialismo se resumen en dos argumentos contra el socialismo. Huerta de Soto los nombra “argumento *estático*” y “argumento *dinámico*”. El primero hace referencia a la imposibilidad de transmitir el conocimiento tácito de un sujeto al Estado tal y como el sujeto lo percibe. Pues podría remitir cierta información y cabe comunicación entre el ciudadano y otros órganos de dirección, pero justificar esa información como razonable ante el Estado es harto complicado. Porque el Estado no podría atender todas las peticiones de acción de los ciudadanos y porque no habría parámetro para justificar todas las intervenciones, lo que abriría la puerta a la corrupción y a la injusticia. Por lo que el conocimiento tácito “no puede ser expresado de una manera formal ni explícitamente transmitido a ningún centro director”.²² Es imposible transmitir el conocimiento tácito al Estado tal y como lo percibe el ciudadano.

El segundo argumento afirma que la información que genera cada ciudadano está en continuo cambio, pues en cada momento el empresario puede generar nueva información porque “(...) los seres humanos al ejercer la función empresarial, es decir, al actuar, constantemente *crean* y *descubren* nueva información”.²³ Y dicha información no se puede comunicar al Estado hasta descubierta por el ciudadano. El proceso de comunicarla, gestiones burocráticas, papeleos, estudio y toma de decisión (en el caso de que se tomen) es demasiado costoso para el empresario y para el Estado: no solo por el tiempo dedicado por ambos sino por la inversión de recursos que se podrían ubicar en otros proyectos y por la poca efectividad de esos proyectos que se diluirían en el paso del tiempo.

3.3. Reflexiones propias sobre el socialismo

La posición del Estado es complicada: si realmente desea ayudar al ciudadano y mejorar las condiciones de vida del ciudadano, entonces debe saber qué es lo que necesita, qué es lo que desea, qué es lo mejor para él desde el punto de vista del Estado, cuáles serán las consecuencias del proyecto y cuál va a ser su coste (no solo económico sino social). Es palpable que la cuestión es complicada. Para cualquier empresa es difícil realizar una previsión de estas características y su objeto es muchísimo más pequeño y manejable que el de una sociedad entera. El objeto al que se enfrenta un Estado es muchísimo más

²² J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 96

²³ J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, p. 97

rico y más valioso que cualquier empresa posible, y en la responsabilidad del proyecto ahonda el peso de la tarea. Porque no estamos hablando de un producto o servicio, o de ayudar a un colectivo en algún aspecto de su vida: estamos hablando de toda una sociedad configurada por personas y familias, y del Estado depende en gran parte el desarrollo de su vida. Podría decirse entonces que el Estado puede hacer mucho bien o mucho mal.

El liberalismo percibe la complejidad del objeto político del Estado y por eso no lo acepta, porque no cree que pueda hacerse cargo de él. Y más aún que llegue a conocer los procesos de información si continuamente está interviniendo en el proceso de creación de información, destruyendo las oportunidades de conocimiento con su intervención. En efecto, el Estado, si no interviene, no puede llegar a tener ese conocimiento que necesita para poder administrar bien los recursos que tiene. Además, el Estado aparece ante los ojos del socialismo como un ente omnisciente que todo lo puede y a todo llega. Esta aspiración no puede verse actualizada si no es radical, porque si no lo es entonces no llegará nunca a manejar toda la información que requiere para distribuir adecuadamente los recursos. Pero esta postura implica atacar deliberadamente todos los ámbitos privados del ciudadano e ir en pos de una búsqueda de la fórmula de la felicidad del ciudadano: el Estado “se mete hasta la cocina” (vulgarmente dicho). Con este pretexto de mejorar la vida del ciudadano, estaría justificado entonces el uso de cámaras de seguridad en los ámbitos privados, ubicaría radares de tramo en todas las zonas de circulación (incluso en los recintos privados) para garantizar la seguridad del Estado, así como la intervención de toda comunicación verbal y escrita, no ocurra que se esté planeando alguna acción contra el Estado y su estructura. El Estado se edifica y es visto como un dios y es lo único que puede salvar de la agresión que los ciudadanos más poderosos, más listos o más trabajadores pueden hacer contra los indefensos, los vagos o los que viven del sistema.

Sin embargo, se olvida que ese dios Estado está en manos de otros ciudadanos que toman decisiones y que también tienen intereses propios. Es curioso como algunos colectivos demandan más independencia del Estado respecto creencias religiosas para imponer después sus “creencias” en forma de ideología. La paradoja resulta cuanto más llamativa por el rechazo a la gestión privada de ciertos campos alegando que “siguen intereses privados y no colectivos”, cuando los políticos actúan de igual forma, porque realmente no pueden conocer todo o porque sirven a unos determinados intereses o a

unos determinados colectivos de personas. Precisamente porque el interés del común prima sobre los individuos, en cuanto se quiere saber el conocimiento de los empresarios, de los ciudadanos, se abstrae y se olvida parte de la realidad, se olvidan las diferencias, pues de otra forma todo ciudadano sería una categoría propia a la que atender individualmente. El socialismo, como ente organizador de la sociedad según las preferencias de los ciudadanos, cae en aquello que refutaba: el olvido de las personas por ser puestas en categorías o clases sociales. Porque si bien es verdad que todos somos iguales ante la ley y se pretende una igualdad total, el Estado, que quiere maximizar las preferencias de los individuos, debe abstraer a los ciudadanos en categorías de preferencias, otorgando según desean. Esto lleva a volver a introducir categorías, que bien podrían llamarse clases sociales, pero es el Estado mismo el que las genera y aplica, dividiendo y abstrayendo la sociedad para poder entenderla. Por ejemplo, supóngase que llegamos a la máxima igualdad: es hermoso ese ideal, pero si se pisara la tierra con los pies, se vería que algo se debe producir para sobrevivir, y unos ciudadanos se dedicarían a la agricultura y otros a la producción industrial, otros a dirigir a esos agricultores y otros a dirigir a los productores industriales. En ese momento, cuando se apliquen medidas beneficiarias (no solo económicos, sino también sociales) superiores a unos sobre otros entonces el Estado habrá realizado la clasificación que tanto rechazaba y se habrá perdido la igualdad socialista. El Estado estará jugando el papel de ingeniero social, reduciendo libertad al ciudadano y aplicando la “justicia” que cree que se le debe dar a cada ciudadano. Se vuelve a lo mismo. El Estado Omnipotente al que se le puede confiar todo pues todo lo puede, mientras se olvida que el Estado está configurado por otros ciudadanos que no son perfectos.

En este punto, se entra en la crítica a un socialismo que lleva por bandera el progreso y la igualdad. La idea de un progreso, no se sabe hacia donde pero a un lugar mejor, implica que se debe progresar aunque a veces implique un retroceso en otros ámbitos. Al no tener ninguna referencia y ser un fin en sí mismo, no importa cuánto se progrese que será bueno. No importa cuánto, nunca será suficiente, pues, ¿cómo lo sabríamos? No importan los medios pues el fin de progresar es mayor que cualquier reticencia moral. No importa nada más que progresar en todos los ámbitos que mejoren el bienestar del hombre, ignorando lo que no entra en esos límites materiales.

Respecto a la igualdad, no se sabe muy bien si es una igualdad social o económica o biológica, y qué significa eso. La cuestión es que abanderan la igualdad junto al

progreso. Pero estas dos no pueden ir juntas por mucho tiempo por la índole del ser humano. El hombre nace con distintas cualidades físicas y psíquicas: hay unos más altos y otros más bajos, unos más listos y otros menos, unos más bellos y otros menos. Pero son atributos que acaecen sin que nada podamos hacer, a no ser que el hombre se rebelde contra sí mismo y se edifique como su propio dios, que todo lo puede, porque como voluntad que es nada puede negársele. Pero entonces, ¿para qué necesitaríamos al Estado si todo lo podemos por nosotros mismos? Porque somos dioses al servicio de otro dios que nos brindará todo a lo que no alcancemos si le juramos fidelidad. Y en esto, el dirigente del Estado se convierte en un dictador adorado además por sus esclavos, que les regala las migajas del pastel.

Otro punto es el uso que realiza cada persona con sus cualidades y el rendimiento que de ellas obtiene, que depende de la libertad de cada ciudadano. Este es otro ámbito privado que el Estado intervendría para comunicarle al ciudadano que se está equivocando de recursos y ocupación, que lo mejor es que se dedique a lo que el Estado cree que es conveniente para la sociedad, y que no importa la productividad de ello.

La postura liberal se centra en este foco: el empresario saca partido de sus activos y de sus fortalezas, buscando ideas que den beneficio a la sociedad. Y se puede fallar, pero de esos errores se aprenden, y ese aprendizaje se paga con la moneda del esfuerzo, la frustración y el fracaso. El liberalismo defiende la independencia de un Estado de esas características, donde tome sus propias decisiones y se arriesgue. Es un mundo más difícil pero más real, porque no hay red para el trapecista que se arriesga, es decir, porque el Estado no va a estar siempre allí para impartir la “justicia” que se merece.

Parece que el socialismo, en su afán de igualdad, pretende retribuir a todos por igual porque así concibe la justicia: que todos somos iguales, no sólo ante la ley, sino en el resultado de la distribución de los bienes. Y no les falta razón en afirmar que todos somos iguales en el sentido de que tenemos igual dignidad, pero nos vamos diferenciando históricamente según los actos propios de cada uno. Bajo la premisa de retribuir a todos por igual independientemente de lo logrado, no solo trabajado, no habría progreso, ni personal ni social. No lo habría, o bien porque los más trabajadores no desearían buscar nuevas oportunidades que no reportarían lo esperado o bien porque los menos trabajadores se acomodarían en su postura de no trabajar pues aun así van a recibir lo suyo.

Por otra parte se puede preguntar: ¿quién pagaría el diseño de un sistema así? La sociedad, en versión de impuestos y en versión de un progreso ínfimo. El socialismo pretende una bondad imaginaria, edificada en una belleza eidética a la que aspirar, que nadie nunca ha visto, pero que con tintes de visión onírica lanza a todo hombre a su búsqueda. Busca algo bueno, pero irrealizable, no solo por la imposibilidad del proyecto, sino por la propia índole del hombre, que cae en contradicciones pues no se le puede exigir al hombre que progrese arrebatándole posteriormente sus frutos. El incentivo no es siempre el económico pero, ¿qué pasaría si se lo quitáramos al que se lo merece? Que muchos inventos y mejoras para el bienestar de la sociedad se quedarían en la nada, además de la falta de justicia de no dar a cada uno lo que se merece. El incentivo económico potencia la creación de mejoras para la sociedad, permite que vivamos mejor. Incluso algunos ciudadanos estarían dispuestos a renunciar al incentivo económico, pero siempre habrá alguien que recoja esos frutos para sí: el gobernante, que hará de su uso según el bien común, que puede realizar bien o mal.

El socialismo tiene dos opciones: o seguir con este modelo ineficaz de aplicación de recursos o radicalizarse buscando reducir lo privado, asumiendo el control de todos los ámbitos, eliminando al individuo, aplicando una mercadotecnia política de ingeniería social, buscando maximizar las preferencias de los individuos y prometiendo al Paraíso terrenal a los ciudadanos para justificar su radicalidad. La pregunta que surge es la siguiente: ¿y si ese Paraíso terrenal no llega?

4. ALGUNAS CONSECUENCIAS A LAS QUE CONDUCE EL SOCIALISMO

Una vez introducida la teoría de Huerta de Soto y su crítica al socialismo, se puede realizar un desarrollo de las consecuencias que se dan en los desequilibrios de un Estado social. Con esto no se pretende afirmar que un Estado más pequeño no tenga problemas. Más bien se pretende mostrar los derroteros al que llevan unas gestiones políticas basadas en la organización continua y desmedida de la vida de los ciudadanos.

4.1. La matemática en la estructuración social

De lo explicado en apartados anteriores se sabe que el Estado social pretende organizar la sociedad de una determinada manera, asumiendo que controla la información que manejan los ciudadanos y que pueden satisfacer sus necesidades. Huerta de Soto explica que F. Hayek ya se dio cuenta de este error:

“el socialismo, entendido de esta manera tan amplia, es un error intelectual de acuerdo con Hayek, porque lógicamente en *imposible* que aquel que quiera organizar o intervenir en la sociedad pueda generar y hacerse con la información o conocimiento que se precisa para llevar a cabo su deseo voluntarista de “mejorar” el orden social”²⁴

No se puede pretender conocer toda esa información, no se puede abarcar. Ya se ha visto que ese es el error intelectual del socialismo, que no puede hacerse con esos contenidos con el fin de optimizar la sociedad. El socialismo parte de la premisa de que se puede organizar racionalmente todo el entramado social, acepta una conceptualización, una fijación de la sociedad por parte del hombre. Y la acepta sin alternativa.

“de acuerdo con Hayek, la sociedad no es un sistema ‘racionalmente organizado’ por ninguna mente o grupo de mentes humanas, sino que, por el contrario, es un *orden espontáneo*, es decir, un proceso en constante evolución, resultado de la interacción de millones de seres humanos, pero que no ha sido ni nunca podrá ser diseñado consciente o deliberadamente por ningún hombre”²⁵

²⁴ J. Huerta de Soto, *Estudios de economía política*, Unión Editorial, Madrid, p. 92

²⁵ J. Huerta de Soto, *Estudios de economía política*, Unión Editorial, Madrid, p. 92

Según estas palabras, el liberalismo se percata de que la constitución de la sociedad no es una fijación o un diseño, no es ninguna *ingeniería social* sobre la que optimizar preferencias. Básicamente porque no se dispone de la información necesaria para ello. Por ello, se podría decir que el liberalismo es más consciente de la configuración de lo político como un continuo configurarse y adaptarse en el tiempo, que según la época se va adecuando a la sociedad, porque es un *proceso en constante evolución*. Es decir, lo político se da como un desarrollo, un hacerse según la época o mejor dicho, un *hacerse* a la época y a la sociedad. El ser humano progresa y busca mejorar su situación en todos sus ámbitos. Y lo político no es una excepción.

Si el socialismo acepta un modelo de gobierno que busca un control absoluto y una total gestión de la información, entonces está erradicando la libertad del individuo en ese control. Podría ocurrir que desde el Estado se fijará el actuar del hombre como lo *óptimo* para el sistema social, perdiendo su libertad. Además, se deduce que el socialismo no acepta como el liberalismo lo hace ese configurarse en lo político, porque el liberalismo no busca una fijación de lo social. Ninguna mente humana podrá acaparar toda la información. Aquel que lo intente no dejará de ser un hombre con deseos de omnipotencia.

En este punto radica el *error intelectual* del cual es víctima el socialismo, Huerta de Soto lo explica haciéndose eco de las ideas de F. Hayek:

“Este error intelectual consiste simplemente (...) en la imposibilidad de que los responsables y funcionarios del Estado social puedan hacerse con el enorme volumen de información y conocimientos que constantemente crean, generan y utilizan de forma dispersa los millones de ciudadanos que han de sufrir sus órdenes y mandatos, tengan éstos o no forma de ley, y hayan sido o no elaborados más o menos *democráticamente*”²⁶

Por eso el liberalismo rechaza la matemática como herramienta para la estructuración social, porque no puede usarse como tal. El uso de las matemáticas es ya una abstracción, una simplificación de la realidad, que deja de lado otros aspectos. Si el socialismo pretende usar la matemática como herramienta de *ingeniería social*, entonces simplificará la realidad y disolverá las diferencias. El liberalismo sabe que las matemáticas tienen su campo y su objeto, y que ese no es el ámbito social, al menos

²⁶ J. Huerta de Soto, *Estudios de economía política*, Unión Editorial, Madrid, p. 188

directamente. Lo bello de este planteamiento es que es más realista y adecuado al mundo, en un continuo moldearse y en el que cada hombre juega su papel y puede hacerse según sus preferencias, sin que ningún ente le coaccione enteramente a otras.

4.2. Gestionar recursos infinitos: el problema de la deuda pública

Los países occidentales, especialmente en Europa, han apostado por unos sistemas políticos sociales, donde el Estado proveía de servicios básicos a sus ciudadanos: sanidad, educación, pensiones, seguridad... Todos estos servicios son buenos para el hombre y lo hacen mejor, le permiten vivir y conocer el bien. Creo que nadie negaría esto. Sin embargo, se tiende a ver al liberalismo como aquel modelo de organización social que pretende eliminar todos estos servicios y hacerse con el control de todo, incapacitando a la sociedad de por vida. Aunque es cierto que pueden darse personas que busquen esto (tanto en el sector privado como en el público), el liberalismo lo que pretende es buscar la manera más justa de afrontar estas cuestiones.

Por un lado, el socialismo ve unívocamente estos servicios como derechos inalienables del hombre, como algo que no se le puede negar. Así, el ciudadano le exige al Estado unos servicios de calidad como respuesta a los impuestos que paga. Pero el Estado en muchas ocasiones no puede hacer frente a esas demandas, ya sea porque no tiene toda la información de cada caso o ya sea porque no tiene los recursos necesarios para hacerles frente. La solución al primer problema ya se ha visto que es un *error intelectual* que no se podrá resolver nunca. El segundo problema puede resolverse de tres maneras: reducir los servicios que se prestan, gestionar mejor los recursos o pedir más recursos.

El primero es prácticamente imposible que ocurra sin la necesidad total de hacerlo, pero es un destino escrito en la política: los ciudadanos aceptan el poder a cambio de lo que se denominan “conquistas sociales”. Sin embargo, llegará un momento en el que los números no den de sí. Y allí acabará el sueño del Estado del Bienestar.

El segundo es difícil que se dé: el Estado es una superestructura que no tiene incentivos para servir mejor al ciudadano. Tan solo el de la reelección y el de prestar un servicio a la sociedad (y ambos son muy manipulables, especialmente cuando está en juego el poder). Es una obviedad que trabajar para el Estado es algo cómodo y bien remunerado

en comparación con las complicaciones de riesgo e incertidumbre del sector privado.²⁷ Además de que los incentivos y amenazas para realizar mejor el trabajo distan mucho de las del sector privado, que es más competitivo por el hecho de estar enfocado a resultados. La cuestión sería si debe enfocarse el Estado a optimizar resultados y de si éste debería abarcar todos los trabajos.

En primer lugar, los partidarios del Estado lo verían como una amenaza a su servicio por la sociedad, mientras que la realidad es que debe medirse su trabajo. Lo contrario implica ineficiencia y corrupción, mayores impuestos y menores recursos para el ciudadano. El Estado promete rendir mejor que el ciudadano esos recursos y por eso se los exige, además de clasificarlos en la causa del bien común. La realidad es que el Estado, al menos en España y otros países europeos, no sabe manejar bien esos recursos. De lo contrario no se tendría una deuda superior al PIB y los servicios prestados serían de altísima calidad.

En segundo lugar, el Estado no podría hacerse cargo de todos los trabajos de sus ciudadanos. El Estado no puede hacerse cargo de todos los trabajos porque sería visto como un derecho por parte de los ciudadanos y muchos no trabajarían bien al no tener incentivos para realizar bien su trabajo, luego no crearían valor para hacer estable ese modo de vida. En los países comunistas este sistema funciona a medias porque el “incentivo” para trabajar implica una coacción tan grande que puede llegar a la muerte: es el incentivo del miedo y no el de la libertad el que lleva al hombre a trabajar.

La tercera opción a la gestión de los recursos consiste en pedir más. El Estado es consciente de que no puede apretar mucho a sus ciudadanos y empresarios con los impuestos pero siempre puede salir al mercado internacional a pedir financiación. Sin embargo, abrir la puerta a la deuda es peor que la droga, es un completo vicio de los Estados. Siempre se quiere más para un nuevo proyecto, para otro apasionante aeropuerto o para mejorar la vida del ciudadano. Lo malo no es pedir deuda, lo malo es pagar la deuda con más deuda. Y la creación de ese círculo vicioso que no busca gestionar bien los recursos sino que siempre se puede emitir más deuda para hacer

²⁷ Varios estudios confirman este dato, como el publicado en 2010 por *Global Entrepreneurship Monitor*, donde se reflejaba que el 72% de los jóvenes deseaban ser funcionarios. El informe de 2016 *Radiografía de la universidad española: liderazgo emprendedor e innovación en la universidad española*, de Educa 2020, mantiene esa tendencia aunque se han reducido las distancias.

frente a las demandas de los ciudadanos que responden a las promesas electorales y a las conquistas sociales (muchas son fruto de esas promesas anteriores).

El economista Daniel Lacalle explica la situación:

“Los países viven como esas familias que salen en los anuncios de televisión donde dicen: consolide sus deudas y facturas en un solo pago mensual cómodo, y disfrute de la vida. Extienden el plazo y aumentan la deuda al máximo posible con tal de mantener un ritmo de vida simplemente insostenible. En definitiva, hipotecan el futuro para justificar un despilfarro actual que, por supuesto, nadie considera excesivo”²⁸

De esta manera, el Estado va escondiendo el problema debajo de la alfombra para ir derrochando recursos, que con la excusa de que no pueden ser juzgados con parámetros de empresa privada, tienden a arruinar todo proyecto y gestión, no porque no consigan sacarlo adelante, sino porque no se consigue con los recursos mínimos. El político puede vivir con el colchón de una deuda que puede ir arrastrando. Ahora bien, el sistema político socialista funcionaría en el caso de que se gestionara bien el dinero público (algo que parece que nunca se ha dado), y que los años de bonanza económica llenarían las arcas para poder usarse en años de vacas flacas. Sin embargo, este no es el caso. La realidad es más real de lo que se piensa

4.3. La desconfianza hacia el mercado y lo privado

Desde las revoluciones comunistas del siglo pasado, grupos de pensamiento socialista han manifestado públicamente su aversión al mercado y a su forma de actuar en el mundo. Piensan que una gestión pública de los recursos disponibles es mejor, que de esta manera no se olvidan de los ciudadanos. Este pensamiento se sucede después del dominio del sector privado sobre los medios de producción, y de la capacidad de decisión que tenían sobre los ciudadanos. A principios del siglo XX, esta idea se pintó con tintes políticos y se mediatizó el paraíso comunista en la tierra. Desde entonces, la lucha de clases ha sido un tópico muy recurrente y las ideas socialistas contra los bancos y el mercado están en la palestra política.

Sin embargo, se debe profundizar para desenterrar qué tienen de cierto estas protestas y qué tiene que decir al respecto la Escuela Austríaca. Es cierto que se daba, se dio y se

²⁸ D. Lacalle, *Nosotros, los mercados*, Ediciones Deusto, Barcelona p. 79

dará una agresión a los derechos de los trabajadores por parte de algunos empresarios; así como también se dará por parte del Estado hacia el contribuyente, que poco se habla de eso. Ahora bien, también se debe mirar qué motivos tenían y tienen algunos obreros con sus quejas. Muchos pretenden defender sus derechos, pero otros buscan nuevos derechos que no merecen, como más poder y estar exentos de trabajo.

Ahora bien, el mercado tiene unas reglas que apelan a la justicia y al sentido común: cada individuo, como empresario, maneja unos recursos, ya sea en forma de dinero o en forma de bienes. Con esos recursos cada uno actúa según sus preferencias y saca el rendimiento esperado de ellas. Si esto se entiende bien, entonces el mercado toma otra perspectiva más justa. Porque ya no es un grupo oculto que maneja cifras en frío y que sin piedad ataca divisas y empresas. Negar la existencia de agentes con prácticas contrarias a la moral sería vendarse los ojos, pero peor aún es negar la corrupción y la injusticia de los Estados pues estos han sido elegidos para servir al pueblo, no para servirse de él.

El mercado se configura por personas que continuamente realizan transacciones: compran un billete de metro, venden una bicicleta o donan unas monedas a una fundación. Como consumidor se tiene poder, poco, pero se tiene, y hoy en día se posee muchísima más capacidad de acción gracias a la red y a la viralización de contenidos. El error que surge contra este planteamiento consiste en pretender el mismo poder para todos los ciudadanos en el mercado, como si de algo democrático se tratara. Esto no sería más que una nueva versión comunista del mercado. Además, se estaría olvidando que uno está en el mercado según lo que ha recibido y según cómo lo que gestiona, y tratar de manipular eso es casi tan difícil como tratar de manipular los talentos de los hombres: solo traería mediocridad y ningún progreso a un mundo peor. El mercado no es una democracia, estamos en él queramos o no, y en esto sí somos iguales. Pero el voto de una democracia es adyacente al hombre y no es discutible, mientras que el poder de mercado de cada ciudadano depende de él, de sus fines y sus medios. Por ejemplo, un profesor no quiere hacerse rico (o tal vez sí), tan solo quiere profundizar en un tema y enseñarlo al resto; mientras que un emprendedor quiere resolver una necesidad y quizás hacerse rico, o no. Pero esto depende de lo que cada uno desea.

Hoy en día está mal visto en el mundo occidental abogar por el mercado y se escuchan todo tipo de argumentos: que si el mercado no mira por las personas, que si es pura codicia, que si no se tienen los mismos derechos en el mercado... Estos mismos

detractores deberían mirar primero hacia los Estados y se percatarían que estos argumentos son aplicables también a ellos. Y esto es replicable con el problema de la financiación. Lacalle se hace una pregunta que esclarece la realidad: “¿De quién se fia más, de alguien que se juega su dinero y analiza la realidad o de alguien que cobra –o recibe votos- por disfrazarla?”²⁹

No se trata aquí de comparar continuamente lo privado con lo público y ver qué opción es mejor. Ni mucho menos. Se trata de advertir cuál es el lugar de cada uno de ellos y admitir sus excesos como defectos, que por otro lado se pueden resolver. Ahora bien, esto no es sencillo y cada sociedad se atiene a unos u otros parámetros, con distintas situaciones. Es decir, la estructuración del Estado y del mercado será diferente en Libia que en Estados Unidos, por su historia y su situación como sociedad.

La confrontación entre el Estado y el mercado viene dada por la deuda pública, por la financiación de sus gastos. El Estado borracho de deuda pública la percibe ya como un derecho que se le debe prestar sin condición. Los políticos tienen en su poder la capacidad de legislar sobre temas económicos, el mercado tiene en su poder el financiar a los Estados. El problema está en cuanto uno de los dos, o ambos se vuelven avariciosos y pretenden más de lo que se les puede ofrecer: el mercado con crisis financieras y los Estados con crisis de deuda. Cuando el ciclo económico funciona y es favorable, todo son buenas formas. Pero cuando llegan las crisis, que suelen ser culpa de los dos, aparecen las riñas y enfados: los Estados tienen menos capacidad recaudatoria y no pueden hacer frente a sus servicios, lo que les obliga a financiarse con deuda pública. Los inversores, al ver que la situación es complicada, no es que se aprovechen y exijan un alto interés, sino que temen perder su dinero y que no les sea devuelto. Por eso suben los intereses y la prima de riesgo. Existe menos dinero dispuesto a circular y este sube de precio. “El inversor sólo pide que se ajusten los gastos a los ingresos”³⁰. Es decir, presta a un interés razonable cuando ve que el proyecto en donde se invierten sus recursos no vive por encima de sus posibilidades. Que es justamente lo que pasa en muchos Estados occidentales.

El miedo hacia lo privado y hacia el mercado radica en que no se ve quien anda detrás de todas esas maquinaciones para hacerse con el control del mundo. Sin embargo, los políticos que no han apostado nada, no generan nada (más bien destruyen) y no han

²⁹ D. Lacalle, *Nosotros, los mercados*, Ediciones Deusto, Barcelona p. 117

³⁰ D. Lacalle, *Nosotros, los mercados*, Ediciones Deusto, Barcelona p. 117

invertido nada en el país, tampoco son merecedores de confianza. Pero se sabe quiénes son y qué hacen con su dinero. El Estado parece un ente perfecto que todo lo puede hacer funcionar y todo lo puede solucionar, simplemente porque tiene más recursos que la mayoría de los ciudadanos. El hombre se asombra ante tantos recursos. Sin embargo, pierde de vista que tiene muchas necesidades y problemas y que, por desgracia para muchos, no puede hacerse cargo de todos sus contribuyentes. Se olvida que el Estado no puede atender todas las necesidades. Por eso cuanto más poder adquiera, más obligaciones tendrá, más complicado será moverse hacia una dirección., más difícil será controlarlo. El Estado paga muchas nóminas que no están sujetas a una rentabilidad de cara al contribuyente. Ese malestar es un mochila muy pesada que acomoda a unos pocos en una vida sin presiones laborales, donde es imposible que a uno le despidan y su trabajo no está sujeto a los resultados.

Los políticos siempre querrán vender su versión del mercado en cuanto no sea beneficiado por él. Cualquier excusa será válida para alargar el ocaso del Estado consumiendo más recursos de todos los ciudadanos que tendremos que pagar tarde o temprano. Y no porque los inversores sean despiadados y codiciosos, sino porque es de justicia que se les devuelva su dinero. Quizás deberíamos empezar a mirar más en la dirección de donde se proclaman todas esas voces contrarias al mercado. Quien sabe, a lo mejor encontramos allí la fuente de todos los problemas.

5. Conclusiones

Este trabajo ha pretendido mostrar las dualidades que pueden mostrar tanto el liberalismo y el socialismo, junto con los problemas y aciertos de cada planteamiento. Para acertar en la disposición es muy importante delimitar correctamente lo privado de lo público. En este punto llega un dilema fundamental: ambas posturas, en su radical aplicación, llevan a la pérdida de libertad del individuo pues lo coartan.

Pero no se puede acabar allí la discusión. Se debe ser consciente de que la principal diferencia radica en que lo público nació para defender las diferencias de muchos frente a unos pocos que tenían mayores recursos. Sin embargo, a día de hoy lo público parece haber perdido prácticamente su identidad política: se muestra más como un lugar de corrupción y de origen de desigualdad. Además, a día de hoy, ganar mayor libertad económica es más fácil que hace un siglo: pregúntense qué necesitaron los fundadores de Google o Facebook. Unos conocimientos que se pueden aprender en Internet y unas instalaciones que puedes alquilar. Hoy uno puede generar recursos con su ingenio y llegar a más que hace un siglo. La globalización y el capitalismo han hecho posible, con sus virtudes y defectos, llegar a este punto.

Allá donde el ser humano habite, habrá tanto bien como mal. Eso es inevitable y no hay ley que lo cambie, ni planteamiento que lo solucione. Por ello, el hombre, para asegurar su convivencia justa y pacífica, debe ahondar en la virtud y practicarla, con el fin de que prevalezca una buena sociedad frente a una corrompida. Sin embargo, el planteamiento político que permite prosperar mejor hoy en día al hombre está más en el lado liberal que en el socialista. Aunque verdaderamente cuesta sacarlo adelante porque implica más independencia del hombre frente a la vida y estar expuesto a una continua incertidumbre.

Por otro lado, cabe profundizar más en los conocimientos sobre economía y teoría política para llegar a entender bien los fundamentos de la Escuela Austríaca y sus propuestas. El ciudadano medio no alberga la posibilidad de contemplar estas opciones pues le asustan y le producen inseguridad. Creo que debemos dar un paso adelante. Que los ciudadanos vuelvan a construir su propio futuro, el que deseen, pero que sea de ellos la responsabilidad y el éxito o la culpa. Basta ya de echar culpas a políticos y entidades.

El Estado debe verse reducido para poder otorgar mayor libertad al ciudadano medio, y que sea este el que decida qué país quiere dejar a sus nietos.

Por último, no quiero dejar de agradecer a mi tutora del trabajo, la profesora Montserrat Herrero, que me ha ayudado e iluminado con sus observaciones en todo este proyecto. También a mi amigo y compañero, Miguel Martí, que con gran agudeza me hizo profundizar en todos los puntos posibles. Y por supuesto al profesor Huerta de Soto que me obsequió con toda su colección para poder realizar dicho trabajo.

6. Bibliografía

J. Huerta de Soto, *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid, 2010.

J. Huerta de Soto, *Estudios de economía política*, Unión Editorial, Madrid 2005.

T. de Aquino, *Suma Teológica*, 1-2, Q.7,a4, B.A.C., Madrid 1954, volumen IV.

Diccionario de la Real Academia Española.

D. Lacalle, *Nosotros, los mercados*, Ediciones Deusto, Barcelona 2014.